

*A mi padre,
por ser un ejemplo de lectura*

Los libros, eternos guardadores del conocimiento, compañeros inseparables del que viaja, cómplices de los que viven en soledad y juguetes de los adolescentes que los abren fugazmente; pañuelo de los descorazonados que buscan con desesperación un verso para calmar la tristeza; motivo de ensoñación para la joven que lo único que desea es evadirse de su realidad; disfraz de manual para el que quiere saber cómo hacer las cosas él mismo; consejero invaluable para quien busca cómo aliviarse del alma; recetario incondicional que posee todas las recetas de cocina que han pasado de generación en generación por medio de la familia; poseedor de las oraciones y los novenarios que rezan las abuelas para los muertos o los aniversarios de los familiares que “sólo se les adelantaron en el camino”... eso y más es un libro.

Un libro es más que un amante porque enamora sin proponérselo, seduce sin malicia ni dobles intenciones y acepta cualquier condición que se le imponga, no se defiende ante los malos tratos y, en cambio, nos recibe con sus páginas abiertas y llenas de sabiduría, con la única condición de saber unir esos

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

signos que llamamos alfabeto para formar palabras que tienen un sentido y hablan de sentimientos, describen lugares y nos presentan personas.

BOLETO PARA VIAJAR

Cuando decidimos hacer un viaje, compramos un boleto para irnos en camión, tren o avión a algún sitio cercano o lejano de nuestro hogar. Nuestros motivos para realizar el viaje son diversos: placer, conocimiento, negocios, trabajo. Sin embargo, cuando el motivo es el conocimiento o el placer, tratamos de disfrutar todas las peripecias que se nos presentan en el camino; viajamos con la mente abierta y dispuesta para soportar incomodidades, inclemencias y hasta malos tratos o problemas, finalmente, todo va dentro del mismo boleto. A pesar de esto, con el paso del tiempo, recordamos ese viaje de manera especial porque aprendimos muchas cosas, valoramos otras y, tal vez lo más importante, nos reconocimos en la gente que tratamos y que nos deja una buena impresión del lugar al que vamos. Quizás nos sentimos más humanos cuando hacemos este intercambio con otros humanos que nos presentan una parte del mundo que no conocemos; y con esto no me refiero solamente a los extranjeros, incluyo a mis connacionales, a todos aquéllos que viven en mi país, pero que no conozco y, en consecuencia, al verlos, al convivir con ellos, aunque sean pocos días, aprendo otra realidad que no es la mía, pero que no por esto, es menos real de la que vivo día tras día. Es, como lo he pensado desde hace algunos años, compartir una rebanada de ese enorme pastel llamado México que tiene un sabor, un aroma y una textura diferentes, empero no es mejor ni peor que mi propia rebanada, sólo es distinta.

El título de este pequeño ensayo es *Boleto para viajar* porque eso es un libro: un boleto para viajar a cualquier época, a cualquier lugar, teniendo como compañeros de viaje a gente de

cualquier nacionalidad. Gracias a un libro podemos conocer y ser testigos de hechos históricos que sucedieron hace miles de años o solo hace unos cuantos meses. La lectura de un libro histórico nos lleva de la mano por el campo de batalla de *La Iliada*, la Revolución francesa o la segunda guerra mundial. También nos hace cómplices de escenas de amor, pues nos introduce a la recámara de Julieta mientras espera a Romeo o nos deja atisbar sobre el hombro de Eloísa, cuando le escribe una de sus famosas cartas a su amado Abelardo. Nuestra curiosidad nos puede llevar no sólo a la casa, sino al fondo mismo del alma de Emma Bovary, por ejemplo, para saber qué es lo que piensa y siente atrapada en un matrimonio insatisfactorio.

El libro nos invita a cabalgar junto a don Quijote y Sancho Panza en busca de aventuras o nos lleva por el inframundo cuando acompañamos a Juan Preciado por Comala para buscar a su padre, en *Pedro Páramo*. Al leer, muchas veces nos reconocemos en esos sentimientos y emociones que describen los poemas y más de una vez nos preguntamos si quien escribió eso tuvo acceso a nuestros diarios íntimos o, de algún modo, descubrió el escondite de la llave de nuestra alma o de nuestro corazón y abrió la puerta sin que nos diéramos cuenta.

El libro es como un sabio oriental que, callado, aguarda pacientemente que alguien lo abra y llene sus ojos con esa lectura; espera que alguien aprehenda (así, con “hache”, para que se apodere de todo) todo lo que pueda enseñarle, que en alguien germine esa semilla que le hará reflexionar y ser una mejor persona.

El libro es el boleto que nos sirve para viajar por cualquier lado, a cualquier lugar y sin límite temporal, lo mismo nos podemos ir a la época de Las Cruzadas, vivir la emoción del descubrimiento de América, disfrutar del romanticismo del siglo XIX que imaginar lo que sucederá en el siglo XXII; todo esto y más lo podemos encontrar al abrir un libro.

LA REFLEXIÓN Y EL EJEMPLO

Últimamente se ha hablado mucho de la necesidad que debemos fomentar en los jóvenes para que lean. Y aquí surge el primer obstáculo: ¿cómo vamos a lograr algo que nosotros mismos a veces no hacemos?

Los adultos tenemos muchas costumbres: comer, trabajar, dormir, bañarnos, salir a tiempo para llegar puntuales a nuestro destino, etcétera. Muchas de las cosas que hacemos no necesitamos decírselas explícitamente a nuestros hijos con palabras, el ejemplo es bastante elocuente.

Yo recuerdo que mi padre era un lector voraz y, a pesar de que nunca puso en mis manos de niña ningún libro de cuentos infantiles, yo aprendí a leer con rapidez, pues lo miraba devorar con enorme pasión libros de diverso grosor. La curiosidad por descifrar aquellas palabras, pero sobre todo, por tener acceso a aquello que tanto le fascinaba, fue lo que me impulsó a tomar por primera vez un libro a los ocho años.

¿Qué mejor forma de invitarme a leer que el ejemplo de mi padre? ¿Qué mejor campaña de lectura podemos tener que ver a nuestros padres leer un libro cuando terminan con sus obligaciones cotidianas? Sin embargo, algo mejor que eso aún, es leer a los niños pequeños un cuento antes de dormir. ¿Qué mejor manera de inculcarles la lectura que dándoles nosotros mismos el boleto con el que van a viajar por un mundo lleno de fantasía, en donde ellos serán los héroes que salvarán princesas y lucharán contra monstruos? Aquí empieza el primer viaje, la primera aventura que hará del niño un buen lector, o quizás un incansable aventurero que seguido comprará boletos para viajar.

LA IMAGINACIÓN

Todos los que hemos asistido a la escuela, somos capaces de leer, pero ¿también somos capaces de entender eso que leemos?

La lectura no se reduce a unir letras, implica un poder de concentración, no obstante, el ingrediente principal de cualquier buen lector es la imaginación, ella es como la contraseña que nos dan cuando damos nuestro boleto de viaje en un avión, tren o camión. El libro es el boleto; la imaginación, la contraseña para iniciar nuestro viaje, sin ella no podremos ir a ningún lado y el conjuro no se llevará a cabo, es parte indispensable del ritual. Al momento de abrir un libro, ella acude rápidamente a este llamado y se apodera del itinerario llevándonos por lugares que poco a poco descubrimos conforme ella nos ayuda a recrearlos, gracias a las descripciones que los autores nos dan en cada texto. La imaginación es como nuestra guía en medio de esa aventura que vamos a iniciar.

Si leemos mucho, la imaginación estará constantemente alimentada y nuestros viajes podrán ser más complicados cada vez. Podremos atravesar laberintos, océanos, ir al centro de la Tierra o llegar a otras inmensidades que no son físicas, sino mentales, esas profundidades a las que sólo se tiene acceso después de ser un viajero intrépido y con mucha experiencia.

Yo recuerdo a un amigo que me decía que la imaginación era como un músculo y, como tal, hay que ejercitarlo para fortalecerlo y hacerlo mejor cada día. Con el tiempo, me di cuenta de que tenía toda la razón, pues al acercarnos a los libros damos rienda suelta a nuestras propias historias, a nuestras propias aventuras, aquéllas que están agazapadas esperando que las saquemos del rincón de la imaginación. La lectura nos facilita esto, pues alimenta nuestro intelecto y nos ayuda a realizar estos viajes que tienen que ver tanto con la imaginación.

NUESTRA DECISIÓN

Es nuestra absoluta responsabilidad alimentar esta parte de nuestro intelecto que nos hace ser diferentes de aquéllos que no se interesan en leer, de aquéllos que creen que los libros son

objetos que no sirven y no sólo eso, sino que son como armas subversivas que sólo siembran ideas equívocas en la gente. ¿Cómo vamos a hacer valer nuestros pensamientos y nuestras reflexiones si ni siquiera los tenemos? ¿Cómo vamos a decir que no estamos de acuerdo con algo si no tenemos el punto de vista para comparar, si no conocemos lo que pasó antes, en una palabra, si no sabemos del pasado que los libros nos cuentan?

Ésta y muchas preguntas más podremos responderlas con facilidad si tenemos acceso al conocimiento que contienen los libros y sólo basta abrirlos para que sepamos muchas cosas, para que lleguemos a la comprensión de muchos sucesos y entendamos el complejo comportamiento humano. Sólo basta tomar la decisión de hacerlo.

Los libros, los viajes, lo que somos, el conocimiento..., tantas cosas que ayudan en nuestra formación y están tan cerca de nosotros...

¿Quién quiere un boleto para viajar?